

Por Roland

La cuadra amaneció engalanada desde el día anterior. Los vecinos, acompañados por el embullo de los muchachos, expresaron sus dotes plásticas y confeccionaron cadenas, carteles alegóricos a la fecha, y pintaron con cal el pavimento de la cuadra. Desde horas tempranas ya todo estaba casi listo para celebrar otro aniversario con la guardia en alto.

El resto del día transcurrió normal. Al ir acercándose la tarde, comenzó otro ajeteo que puso a todo el mundo en candela en busca de los recursos para preparar la caldosa.

El viejo Facundo y su hijo cargaron con un caldero, consiguieron unos bloques, colocaron el caldero encima y quedó armado el fogón. Las mujeres trajeron viandas, y sentadas en las aceras comenzaron a pelarlas.

Y los chamacos no se quedaron atrás. Con su peinado moderno, Panchito trajo unas cabezas de ajo y cebollas; su hermano Alfredito entregó un mazo de acelga; Franco, en un giro como de ballet, dejó la sal que quedaba en su casa; Ariadna entregó una botella de puré, y todos esperaron que el presidente trajera la cabeza de cerdo y varias semillas.

Así las cosas, echaron aquel condumio en el agua, con sus goticas de hipoclorito; le prendieron fuego al mejunje, y la mezcla empezó a hervir al instante. Al parecer la candela era de importación, porque no faltó nada para que aquello se pusiera tan espeso como la harina.

En la otra esquina engancharon par de baffles, y ahí mismo se armó la discusión:



—Oye, socio, ¡aquí no vengas a poner reguetón!
—Que ponga algo del Jilguero, *La caldosa de Kike y Marina*...

—Lo mejor es música pa' bailar, que esto es pa' la gozadera.

El dueño de los baffles no oía por los decibeles arriba. No le hizo caso a nadie, y como tenía aspecto de intelectual fino, puso en sintonía la Novena Sinfonía de Beethoven.

Al momento los muchachos no esperaron las golosinas prometidas y se fueron a dormir. Nadie supo de dónde salieron dos botellas de ron, pero el viejo Facundo y su hijo no preguntaron, y aplicando su destreza las tapas volaron y el contenido empezó a vaciarse. Del grupo de vecinos se escuchó una voz:

—Echa el fusil pa' acá, Facundo, que eso es colectivo. Y respondió Facundo:

—Un momento, hijo, que voy a ver al de los baffles.

Y le dijo al intelectual fino:

—Oye, asere, deja la Novena esa, que aquí no estamos en un juego de pelota. ¡Esto es fiesta y pachanga, compadre!

Al fin el tipo se aconsejó y tuvo la idea de poner a Miguelito Cuní con «carbón, bon, bon, el carbonero», y a Celina González en «Yo soy el punto cubano...»

Los vecinos bailaron, tomaron caldosa tan buena como la de Kike y Marina, bebieron Decano, y al otro día se encontraron al viejo Facundo y su hijo tirados en la acera, abrazados a un cartel que decía: ¡Estamos con la guardia en alto!



Martirena



Martirena



JAVIER

